

mares. Más tarde estableció veteranos en Patras y en Butrotum, en el canal de Corfú, para tener á raya á los corciris demasiado propensos á la piratería.

Augusto, que hablaba mucho en Roma de las costumbres del tiempo pasado, procuró renovar algunas en Grecia, y restableció el consejo anficciónico, con la misma sinceridad que había mostrado respecto de las instituciones republicanas. Quince pueblos ó ciudades, que representaban treinta votos, pudieron enviar diputados á la nueva asamblea; pero la única ciudad de Nicópolis que había fundado dispuso de seis votos; tantos como la Tesalia y Macedonia. La Beocia, la Fócide y Delfos, sólo tuvieron dos cada una; la Doride, Atenas, Eubea, Locride Ozola y Locride Opuncia, uno solo; y cuatro de las más gloriosas ciudades de la antigua Helade, Argos, Sicione, Corinto y Megara, tuvieron que reunirse para formar entre todas ellas un sufragio.

Además, los diputados de Nicópolis, Delfos y Atenas asistían á todas las sesiones, mientras los demás no asistían sino por turno. Bien que este reglamento subsistiera aun en tiempo de Pausanias, no hay que extrañar que Estrabón considerara la anficciónia como si ya no existiera.

Algunos meses habían bastado para el arreglo de los negocios helénicos: Asia ocupó más tiempo á Augusto. De Samos, donde pasó el invierno estudiando las cuestiones que suscitaba el gobierno de las provincias orientales, se trasladó á Efeso, donde limitó, para el templo de Diana, el derecho de asilo, que extendiéndose á toda la ciudad, hacía de ella una cueva de bandidos. De aquí pasó á Ilión, cuyos privilegios confirmó como patria primitiva del pueblo romano.

Atravesó luego toda la península visitando de paso las provincias del senado, como las suyas propias, ordenándolo todo con autoridad suprema, pero guardando delicadas atenciones para con aquellos pueblos vanidosos y frívolos, á quienes una ligera gracia hacía olvidar los males pasados. En Efeso, devolvió un Apolo de que Antonio se había incautado, y en Samos, dos de las tres estatuas de Mirón, la Minerva y el Hércules, que el triunviro se llevara del templo de Juno.

Algunas ciudades obtuvieron el *jus civitatis*, otras el *jus Latii*; dió la libertad á Samos, como la había dado á los distritos de la Panfilia sometidos á Amintas; pero se la quitó á Cícico, como á Sidón y á Tiro, á causa de las sediciones que los magistrados de estas tres ciudades no habían sabido impedir. Y todos, oficiales romanos y provinciales, quedaron sujetos á la más estricta observancia de las leyes.

Los reyes aliados fueron á su vez recompensados ó castigados, según sus obras. Acababa de suprimir el inútil reinado de los gálatas; y al contrario, un año antes, había enviado las insignias de la dignidad senatorial con el título de aliado á aquel Polemón, á quien la política romana necesitaba en razón de su proximidad á la Armenia. Y todavía le dará en breve un nuevo reino, el del Bósforo Cimerio. La Capadocia era uno de los puestos avanzados del imperio hacia el Eufrates, y á fin de aumentar las fuerzas de su rey, acrecentó sus dominios. Más tarde le permitió casarse con la viuda de Polemón, que le aportó en dote parte de las posesiones de su primer marido.

El rey de Comágene había cometido un odioso asesinato: Augusto, que no castigaba la crueldad de Herodes, sino con una chanza poco ática, tuvo ahora, á lo que parece, interés en mostrarse rígido, y destruyendo al asesino, dió su reino al hijo de la víctima. Como se ve, Roma se reservaba la alta jurisdicción sobre todos aquellos tiranuelos que, por tanto tiempo, no habían hecho más que fatigar al mundo con sus sanguinarias pasiones.

Confirmó al hijo de Yamblico, rey de Emesa, en la posesión de la herencia paterna, y devolvió al de Tarcondimotos la Cilicia oriental, que le había retenido por espacio de diez años. Estos dos pequeños Estados parecían necesarios para reprimir el bandolerismo de los montañeses del monte Amano y el de los nómadas establecidos en las fronteras de la Siria y de la Palestina.

La misma razón valió á Cenodoro y á Herodes la conservación de sus tetrarquías, al uno la Traconitide y al otro la Judea. Ya vimos en otro lugar la habilidad con que Herodes se granjeó el favor de Augusto y se mantuvo en su gracia. Este príncipe le dejó la libertad de elegir entre sus hijos el sucesor de su trono, gracia que no concedía fácilmente, y habiendo muerto Cenodoro por aquel tiempo, todavía dió su principado al rey de los judíos. Con razón decía Suetonio: «Consideraba á los reyes aliados como miembros del imperio. Muchas veces daba tutores á los príncipes en minoridad, é hizo educar gran número de ellos con los suyos en su propia familia.»

Cuando Cleopatra quiso huir á las Indias, los árabes nabateos quemaron la flota que la reina de Egipto reunía en el mar Rojo, y este servicio valió á su rey el reconocimiento del emperador. Augusto quería vivir en buenas relaciones con estos nómadas, dueños de las avenidas de la Siria, de la Palestina y de Egipto, bien que el ministro de su rey Obodas hubiera extraviado, de intento acaso, á Galo en la expedición de que hablaremos pronto (1).

Las narraciones que nos pintan la corte de los *rajahs* indios, á quienes la Compañía inglesa dejaba una sombra de independencia, muestran cómo se indemnizaban de su impotencia política satisfaciendo los más insensatos caprichos, y del reposo á que una fuerza superior los condenara, con sangrientas tragedias interiores. Estos esclavos coronados, que hacen tan abominables tiranos, son el vivo retrato de aquellos régulos que Roma conservaba en sus provincias orientales. No diré que Augusto se propusiera hacer sentir á los pueblos vecinos, por medio de este contraste, la dicha de vivir bajo las leyes romanas; pero de esto salía ciertamente para ellos una lección saludable. Por todas partes se oía celebrar la tranquilidad de que gozaban los provinciales, y los países que habían quedado independientes imploraban el honor de ser admitidos en el número de los súbditos del imperio. Hemos visto á los gétulos sostener una guerra, por no depender de Yuba, rey que les había impuesto Augusto; los habitantes de Comágene, después de la muerte de Antioco, quisieron ser romanos, y muerto Herodes, suplicaron los judíos que se les agregara á la provincia de Siria; y ocho mil de ellos establecidos en Roma, apoyaron la pretensión de sus cincuenta diputados.

Augusto no visitó esta vez el Egipto; pero había organizado tan bien la administración de esta riquísima granja imperial que era inútil su presencia.

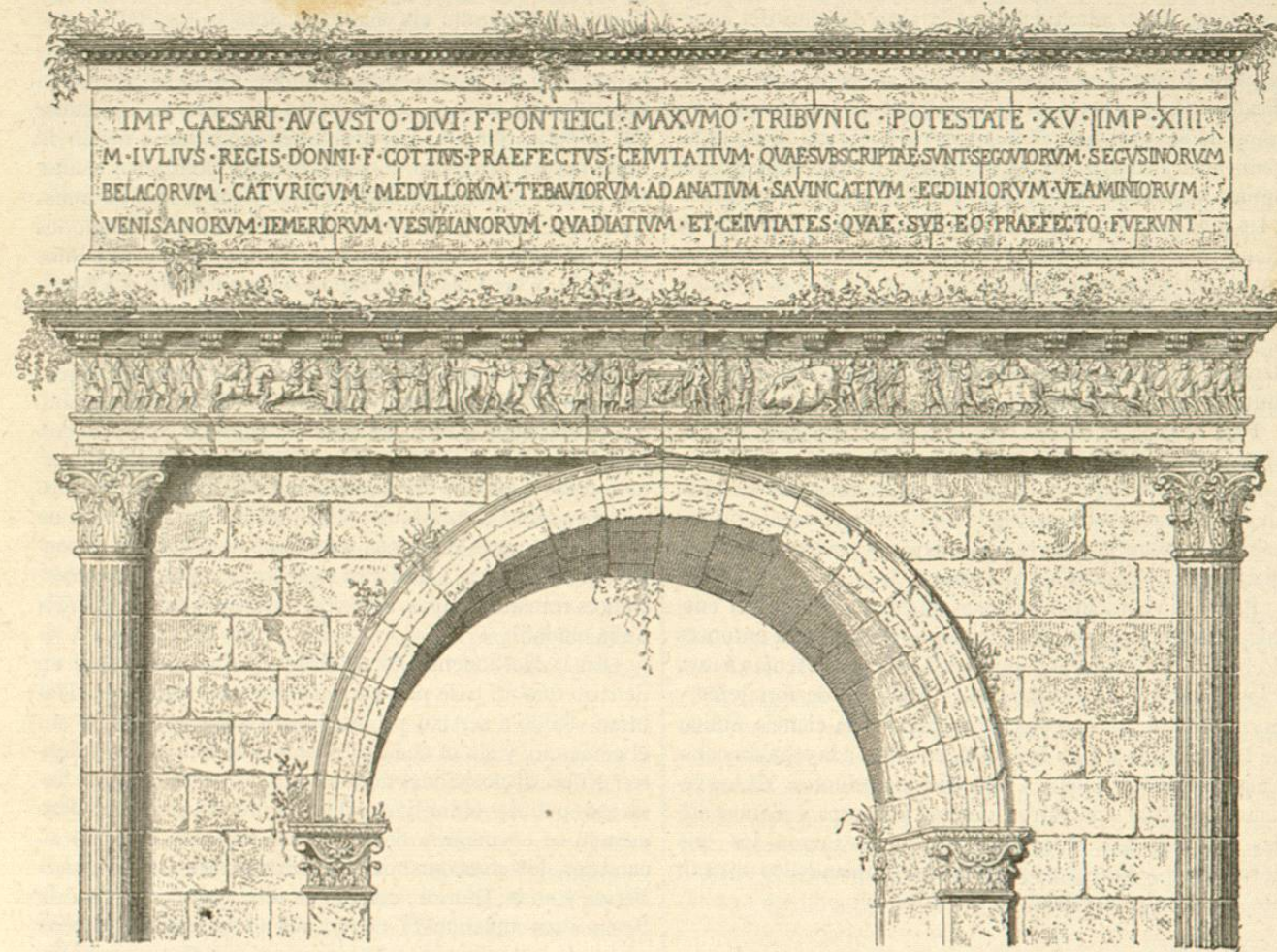
Este país vió el primer ejemplo de la severidad del nuevo gobierno para con sus agentes. Cornelio Galo, amigo de Virgilio y de Augusto, había tenido allí la superintendencia. Era un poeta y se le fué la cabeza cuando se vió dueño absoluto de siete millones de hombres. Obró como un Faraón ó un Tolomeo; pobló el Egipto de estatuas suyas, grabó su nombre y sus hazañas en las mismas pirámides, y con sus exacciones provocó un tumulto, que hubo de reprimir cruelmente: Tebas fué saqueada y destruída.

(1) El año 6 Aretas reemplazó á Obodas, y habiendo tomado el título de rey, antes de haberlo solicitado de Augusto, manifestó éste tal desagrado que obligó á aquél á enviarle una embajada con mil disculpas y presentes (Josefo, *Ant. Jud.* XVI, 16).

Augusto no podía tolerar que se administrara de esta manera regia su patrimonio imperial, y destituyó á Galo, prohibiéndole parecer á su presencia, y viendo el senado que lo rechazaba el príncipe, lo condenó al destierro. Desesperado Galo se dió la muerte (28 ó 26 a. J. C.).

Petronio, su sucesor, hubo de comprender mejor las intenciones del príncipe respecto de un país que mantenía á Roma durante cuatro meses del año, país por donde pasa-

ba todo el comercio de las Indias, y que por sí solo derramaba en el tesoro el impuesto de seis provincias. Bajo el reinado de los últimos Tolomeos el hambre y la peste habían sido allí plagas frecuentes: Petronio emprendió grandes trabajos para llegar á una distribución mejor de las aguas del Nilo; reparó los diques y limpió los canales. Perdiéndose las aguas menos pronto y yendo la inundación más lejos, se aumentaron los productos. Antes de este go-



Arco de Susa (parte superior)

bernador, cuando el Nilo no subía más que ocho codos, era año de hambre; pues se necesitaba una crecida doble para que hubiera abundancia: en su tiempo doce codos dieron la mayor abundancia y ocho no trajeron el hambre como antes.

Como el impuesto se proporcionaba á la cosecha, las rentas del príncipe crecían con la prosperidad del país. Favorecido el comercio por vigilante policía, llevó la vida hasta el desierto, y todos los años partían de los puertos del mar Rojo para la India ciento veinte barcos, aprovechando el monzón de estío, cuya periodicidad se acababa de reconocer, y volvían con el monzón de invierno.

Tales eran los trabajos del dueño del mundo y así gozaba su victoria. Si todo le pertenecía, su tiempo también, sus cuidados, hasta su fortuna pertenecían á todos; porque había aceptado los deberes de un gobierno inteligente que sabe reparar con los recursos generales los desastres particulares. En sus largos viajes aliviaba á las ciudades endeudadas, y reconstruía las arruinadas por alguna plaga. Trales, Laodicea, Pafos, destruídas por terremotos, salieron más bellas de sus ruinas. Otras mil, dice el historiador Dion, recibieron

socorros de sus manos. Un año, hasta pagó de sus arcas todo el impuesto de Asia. Cuando tomaba de los griegos alguna obra de arte, daba siempre su justo precio: Cos obtuvo una rebaja de 100 talentos en su tributo por la Venus Anadiomene de Apeles.

El camino de los honores no les estaba cerrado á los provinciales: un mitileno fué nombrado procurador de Asia, un judío apóstata, Tiberio Alejandro, fué procurador de Judea y más tarde prefecto de Egipto, y el gaditano Balbo atravesó triunfalmente aquella vía *Sacra* que había visto provinciales vestidos con la túnica de flores de oro, pero encadenados y cautivos. Otros venían á insultar con su fausto, en Roma misma, la pobreza de las antiguas casas: un gallo compró aquellos jardines que Salustio había hecho con el oro de una provincia.

Mostrando y todo á los súbditos este espíritu liberal, rehusó, sin embargo, Augusto entrar en la vía que César había abierto y que llevaba á la asimilación progresiva de los vencidos y de los vencedores. Fué muy parco en conceder el derecho *civitatis*; lo retiró probablemente á los sicilianos y no lo concedió más que á magistrados de munici-

píos y á grandes propietarios, sirviéndose de este título para constituir una nobleza en las provincias como la había constituido en Roma. Así pues se encuentra en todo esa tendencia aristocrática de su gobierno, que hemos señalado más arriba.

Las disposiciones y medidas generales de la administración imperial se armonizaban con la conducta del príncipe, que era para los gobernadores una lección y un ejemplo. Todas las divinidades que quieren entrar en el culto romano son desde luego admitidas; y cada gran división del imperio ve á su dios protegido, honrado y enriquecido por las leyes de Roma. Los judíos tenían un principio religioso radicalmente opuesto al de la pluralidad de los dioses; pero como no se servían de él entonces para reivindicar su independencia nacional, se les dejaba en Roma, enfrente del óptimo y máximo Júpiter, leer públicamente el Pentateuco y las sangrientas ironías con que los profetas flagelan á los ídolos. Recordando cuánta sangre ha derramado la intolerancia religiosa, tendremos en cuenta á los romanos de entonces todo el mal que no hicieron. Notemos además, á propósito de los judíos, que Roma, que les había quitado el derecho de pronunciar sentencia de muerte, les dejó el de indultar un reo anualmente.

Para el servicio militar no era exigente Augusto: necesitaba pocos soldados proporcionalmente á la masa de los habitantes del imperio, porque no establecía guarniciones en el interior, y esta contribución de sangre recaía principalmente sobre las nuevas provincias, cuyas belicosas poblaciones la pagaban sin violencia.

Pero sus veinticinco legiones, puestas enfrente del enemigo, daban á los provinciales un bien que hasta entonces no habían conocido, la seguridad. Las legiones tenían á raya á los bárbaros, guarneciendo las fronteras de fortalezas y campamentos, en que se concentró toda la ciencia militar de la antigüedad, y en los países situados á la espalda construían caminos y puentes, canales y acueductos. Ya los vemos construir anfiteatros, desecar pantanos y plantar áridas llanuras: los vencedores de Accio fueron los que devolvieron á Egipto su prosperidad limpiando los obstruidos canales de su caudaloso río.

VI.—EL COMERCIO.—PROSPERIDAD DEL IMPERIO.

Hemos tratado anteriormente de la nueva organización financiera ó rentística, del catastro, de los caminos, de las comunicaciones ó correos y de la reforma monetaria. El comercio se aprovechó de todas estas medidas y una nueva vida brotó en aquel imperio tan admirablemente dispuesto para una grande y duradera existencia.

En ningún punto de la tierra había encontrado la humanidad condiciones más favorables á su desarrollo que en esos países que de los Pirineos y las Cevenas, de los Alpes y los Balcanes, del Tauro y del Atlas descienden al Mediterráneo con sus innumerables ríos y sus bellas márgenes pobladas de ricas é industriosas ciudades. Bastante amplia para que pueblos numerosos hubieran encontrado acomodo en sus orillas, esta mar estaba también bastante recogida por sus promontorios y sus islas para que las costas opuestas pudieran repetir todos los ecos de todos los puntos de sus riberas. Dicen los físicos que la luz va á perderse en los espacios cuando nada la detiene, pero que si encuentra á su paso un foco que la reciba, la concentre y la despida, multiplicada por una gran potencia, lleva entonces á lo lejos su brillo y su calor. Así iba á suceder en aquel imperio extendido alrededor del Mediterráneo; círculo luminoso donde cada punto brillará no sólo con la luz que le es propia,

sino también con la que recibe; donde se excitará la actividad de un pueblo por la de las naciones que tiene enfrente; de modo que á la grandeza de Roma responderá la de Alejandría, al comercio de Corinto, de Puzolo y Marsella, el de Esmirna, Cartago y Cádiz, á las riquezas en fin de las regiones del Norte la prosperidad de las del Mediodía.

De esta prosperidad nos queda un testigo inteligente y veraz, Estrabón, que en vida de Augusto, hubo de recorrer gran parte del imperio, y él atestigua la actividad mercantil que se desarrolló en cuanto se libró la mar de piratas, la tierra de bandidos, y se cerró el templo de Jano. Veremos así un lado de la vida antigua al que no se le concede la atención que merece. En el vasto conjunto de la historia del imperio romano, las cuestiones económicas tienen su lugar necesario al lado de las cuestiones políticas y militares; porque el comercio hizo entonces por el mundo romano lo que hará un día por la Europa moderna, acercó los pueblos y las ciudades, cuyas profundas diferencias hemos señalado, y creó, para tres siglos, si no la idea de una patria común, á lo menos el mismo interés en conservar la *Paz romana*.

Suele decirse que el comercio era para Roma un objeto de desprecio (1). Si, acaso para los romanos de los primeros siglos, aunque bien firmaron tratados de comercio con Cartago; pero no ciertamente para los del imperio que tenían otras ideas que los antiguos quírites, como tenían otro origen y otras costumbres. ¿Qué hacían en Asia, más de medio siglo antes de Accio, los 80,000 italianos que encontró allí Mitrídates, y en Utica aquellos 300 grandes comerciantes romanos, cuyos esclavos bastaron para la guardia de la ciudad?

«En la Narbonense, dice Cicerón (2), no se mueve un denario que no pase por las manos de un romano.» ¿Habrían venido á ser tan pronto romanas las provincias sin el comercio, y sin el comercio hecho por italianos residentes? Ni las disposiciones administrativas ni las colonias hubieran podido obrar tan rápidamente esta fusión; pero cuando se encuentran comerciantes romanos entre los sicambros, los marcomanos y los irlandeses, en la Arabia Pétreá y en la Táuride; cuando se sabe que por cuenta de Roma iban anualmente ciento veinte barcos á visitar las costas de la península del Ganges, y que Pompeyo había hecho estudiar el camino de la India por el Caspio, el Oxo y la Bactriana (3), ¿puede decirse que el comercio era odio-

(1) Esta preocupación era, sobre todo, griega, y los filósofos hubieron de mantenerla, aunque sin éxito. Jenofonte (*Econom.* IV) dice: «Los oficios arruinan el cuerpo y dejan sin energía el alma.» Aristóteles (*Polít.* III, 3): «Deben negarse los derechos de ciudadano á los artesanos;» ni aun quiere que el ciudadano labore la tierra (VII, 9). Platón (*Leyes*, VIII) se lo prohíbe formalmente, y lo condena á un mes de prisión, si hace algún negocio (*Ibid.* I, 11): es el ideal realizado por los espartanos, los cretenses y tesalios. Cicerón se hizo eco de estas doctrinas en Roma (*de Off.* I, 42). Pero desde los primeros tiempos se dividió el pueblo en gremios, *κατὰ τέχνας*; (Plut. *Numa*, 17), y se constituyó un gremio de comerciantes bajo el patronato de Mercurio (Tito Livio II, 27). Antes de la segunda guerra púnica, prohibió una ley á los senadores el negocio, sin permitirles más que un barco de cierta capacidad (300 ánforas) para trasportar sus cosechas. (Id. XXI, 63). Durante la guerra contra Aníbal, son empresarios los que se encargan de las provisiones del ejército, y no bien se ha conquistado una provincia, cuando acuden á ella los negociantes romanos con su avidez acostumbrada, dice Diodoro (V, 26).

(2) *Pro Fonteio*, 5. Floro empeña á los treviro á comenzar la guerra por la matanza de los negociantes romanos (Tacito, *Ann.* III, 42). No bien estuvo hecha la conquista de las Galias, cuando ya acudieron á ellas los especuladores romanos. El gran tumulto comienza en Cenabum por la matanza de los ciudadanos, *Romani qui negociandi causa ibi constiterant* (Caes. *de Bello Gall.* VII, 3).

(3) Los géneros de la India se vendían al céntuplo (Plinio, *Hist.*

so á los romanos ni que se avenían á abandonar á los provinciales los provechos del inmenso tráfico que se hacía en todo el imperio?

Los griegos honraban el comercio y lo favorecían con sus instituciones, por lo cual era muy floreciente en el Mediterráneo oriental; pero el movimiento había penetrado en España, en Galia y hasta en la Panonia. «La navegación de la Iberia occidental hasta las columnas de Hércules es muy bella, dice Estrabón, aunque con algunos inconvenientes en el paso del estrecho. No es menos bella en el Mediterráneo, donde se hace el resto de la travesía en un clima dulce y sereno, sobre todo en alta mar... y en aguas no surcadas ya por los piratas; de manera que nada falta á la seguridad de los navegantes. Todos los años, barcos de gran porte llegan de la Turdetania á Dicaerquia (Puzolo) y á Ostia, en tanto número como los de Libia.»

Cuando Horacio necesita poner en escena un rico comerciante lo llama «el opulento patrón de un navío de España,» y para mostrar su desdén á la fortuna «no pedirá á los dioses, dice, poder navegar impunemente tres ó cuatro veces en el Atlántico (1).»

Los romanos seguían pues en este mar el derrotero de los cartagineses. Tácito habla en efecto de negociantes italianos que traficaban con Irlanda, y Suetonio presenta al pueblo dividido en tres clases, en tiempo de Augusto: *plebs urbana, aratores, negotiantes*. Y á pesar de la indiferencia de los historiadores antiguos para los hechos de este orden, hasta se ve que la cuestión del trabajo, la más viva preocupación de los tiempos modernos, se agitaba á orillas del Tíber, hace mil ochocientos años. Tácito desciende de las alturas en que lo retiene su genio para deplorar que por la falta de trabajo, hubiera llegado la escasez á tomar las proporciones del hambre (2).

Augusto, que había disminuído el número de las fiestas para aumentar el número de los días laborables, no hacía más que tres veces al año la distribución de la anona, temiendo que el pueblo se desviara del trabajo. Prueba de la atención dispensada por la administración á los negocios mercantiles es la precaución que tomaron las ciudades de conservar los marcos de las pesas y medidas en un templo bajo la custodia de un dios, y este dios, según una inscripción, no era el fácil Mercurio, sino Hércules. Los romanos habían medido la densidad del agua, del vino, del aceite, de la miel, y á fin de prevenir todo error habían tomado por unidad de peso cierta cantidad de agua de lluvia. El comercio se aprovechó más aún de la regularidad del sistema monetario.

Roma, con su millón y medio de habitantes, era el mercado principal. Como se acumulaba en él una gran cantidad de metales preciosos, se hacía un consumo enorme, porque la población de las grandes ciudades consume mucho más, en número igual, que las poblaciones rurales. Pero Italia producía poco vino, de que sólo se exportaban calidades inferiores; aceite (3), excelente trigo en corta

nat. VI, 26). Según Varrón: *Pompeii ductu exploratum*. Estrabón dice también (XI, 7, 3): El Oxo es de tal modo navegable, que por su canal se traen fácilmente las mercancías indias hasta el mar Hircanio, desde donde, por otros ríos, llegan hasta el Ponto Euxino.

(1) Hor. *Carm.* I, 31, 38, y III, 6. La navegación á vela y remo era más rápida de lo que creemos. Según Plinio (XIX, 1), se iba de Ostia á la costa de Africa en dos días, á Marsella en tres, á Tarragona en cuatro, á Cádiz en siete y á veces en seis. Pero no podía navegarse en el rigor del invierno, á lo menos impunemente.

(2) Hist. I, 86. *Fames in vulgus, inopia quastus et penuria alimentorum*.

(3) Plinio (*Hist. nat.* XV, 2) pone el aceite de Venafro en primer lugar, y en segundo el de Bética y el de Istria. Pausanias (X, 32)

cantidad; lanas, de las cuales algunas, como las de Tarento y Cisalpina, eran de lo mejor que se conocía, según Columela. Tenía también manufacturas de tejidos y fábricas de cacharrería, de azufre, de azafrán, de miel; pero nada de esto bastaba á saldar el precio de las importaciones que recibía (4) y tenía que pagar la diferencia en numerario; de modo que por la industria y el comercio, recobraban de Roma las provincias lo que le habían dado en tributos. Solamente los géneros de la Sérica, de la India y de la Arabia costaban anualmente al imperio veintidós millones (5). El amo de casa que no cargaba de perfumes á sus convidados pasaba por un hombre sin formas ni conveniencias sociales, y una matrona sin perlas era como un magistrado sin lictores. Muy presto será menester añadir á las perlas toda clase de piedras preciosas.

Había también en Italia algunas grandes ferias anuales: la más famosa se celebraba en Feronia, donde los poseídos de la diosa atravesaban en ciertos días del año, descalzos é impunemente, un lecho muy extenso de cenizas calientes y ascuas. Nuestro geógrafo habla además de géneros italianos, pero acaso de origen español ó galo, depositados en Efeso, y de los vinos de Italia, que con los de Laodicea y Siria, servían como de objetos de cambio en las ciudades situadas á orillas del mar Rojo.

Fuera de esto, Horacio da á entender que Roma hacía también el comercio de exportación, pues amenaza á su libro con servir un día para envolver mercancías destinadas á Utica ó á Ilerda. Como en París y por las mismas causas, la industria de Roma era sobre todo industria de lujo. Allí había gran número de cinceladores, fundidores, tintoreros, bordadores, pasamaneros, ebanistas, operarios de estuco, de bronce, de plata, de oro, etc.

El comercio de libros era también muy considerable, porque en la tienda de Atrecto, un *Marcial* encuadernado y forrado de púrpura y bien alisado con piedra pómez, no se vendía menos que á 5 denarios. Fabricábase además en Roma mucho papel y mucho vidrio. Se imaginaron muchas mezclas para variar los colores de este producto y se llegó á poder vender vasos tan baratos como entre nosotros, á medio as la pieza.

prefiere á todos el de Titore, en la Fócide, que se servía en la mesa de los emperadores. Los mejores vinos eran los de Aminea y Nomento, el Falerno, el Masico, el Cécubo, tantas veces cantado por Horacio, el de Setia, digno de Baco, etc.

(4) Roma recibía mármol de la Grecia, del Asia Menor, de Egipto y de Numidia, el nardo de las Indias y de Siria, el bálsamo de Jericó, perlas, piedras preciosas, cuyo uso vino á ser frecuente en tiempo de Augusto. La púrpura, las telas de Cos y de Atalia, *attalica vestis*, tisú de oro; el marfil y el ébano, de Etiopía; el cristal, de la India. En las mesas se servía el pavón de Samos, la grulla de Melos, el faisán de Cólquide, la lamprea de Tarteso; merlos de Pesinunte, élopos de Rodas, escaros de Cilicia, pechinas de Quios, gallinas de Numidia, ocas de Galia, avellanas de Tasos, dátiles de Egipto, vinos de todas las costas del Mediterráneo, aceite de Africa, de España y de Grecia, etc. etc.

(5) Casi podría decirse en Roma, porque aquí se hacía, sobre todo, el consumo de estos géneros. Los comerciantes de aromas poblaban todo un cuartel (Horacio, *Epist.* II, 1). Nerón quemó en los funerales de Popea más incienso que toda la Arabia Feliz daba en un año. Plinio añade (*Hist. nat.* XII, 41): *Tanti nobis delicia et femina constant!* ¿Qué diría ahora que el comercio con la India solamente de una de las más pequeñas y pobres provincias del imperio es anualmente de mil millones? Verdad es que las antiguas declamaciones contra el lujo no están ya en uso, ahora que el comercio y la industria se proponen, no asegurar el goce de algunos, sino acrecentar el bienestar de todos. La riqueza, fruto de las rapiñas y del trabajo esclavo, como era el caso en Roma, es un mal, porque nacido de la violencia alimenta ordinariamente el vicio y la corrupción; la riqueza, fruto del trabajo libre como en nuestras ciudades modernas, es un bien, porque excita la industria, desenvuelve la inteligencia y obliga á los que la consumen á compartir el salario con los que la producen.